

BOWEN SILVA, Martín. *Experimentar el cuerpo y escribir los pecados. La confesión general de José Ignacio Eyzaguirre (1799-1804)*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, Instituto de Estudios Peruanos, 2014, 160 pp.

Muchos historiadores hemos fantaseado en algún momento con encontrar ese diario personal que nos abra las puertas a los pensamientos y sentimientos más interiores de nuestro personaje de estudio. El libro de Martín Bowen es fruto de ese azar, de ese momento de eureka, en el que un historiador se encuentra frente al manuscrito íntimo de un personaje; en este caso, la confesión general de José Ignacio Eyzaguirre Arechavala, integrante de una de las familias más notables de la sociedad chilena de inicios de la república. El manuscrito, encontrado en el fondo legado por la viuda del historiador Jaime Eyzaguirre al Archivo Nacional de Chile, no constituye un texto autobiográfico, un diario o un documento final pensado en ser compartido con otros. José Ignacio Eyzaguirre, joven criollo de una acomodada familia de Santiago de Chile, analiza sus pecados no confesados cometidos durante su infancia y juventud; los clasifica y los registra en dos conjuntos de anotaciones, escritas entre 1799 y 1804. Su objetivo último es realizar una confesión general. El manuscrito de José Ignacio registra incluso sus pecados de pensamiento, por lo que es una ventana maravillosa a la mentalidad de la época.

La publicación del manuscrito en cuestión va acompañada de un acucioso estudio introductorio, en el que Martín Bowen explica la verdadera naturaleza de este documento, erróneamente identificado a posteriori como «Diario íntimo de Miguel de Eyzaguirre» (quien era el hermano mayor de José Ignacio). Además de revelar el misterio de su autoría, Bowen analiza la utilidad histórica del texto, desde la perspectiva de la «historia cultural del pecado», siguiendo la noción de Jean Delumeau (p. 17), y reflexiona sobre el rol de la memoria y las grafías de la memoria en el proceso de confesión, entendido este como un proceso de producción de subjetividades (p. 43). Asimismo, Bowen estudia la dimensión social de los pecados de los que se acusa a sí mismo José Ignacio (p. 46), en tanto las faltas cometidas no solo ponen en riesgo su

propia salvación, sino también la de los demás (p. 52). Al explicarnos la noción de «escándalo», por la cual la gravedad del pecado se mide en función al número de testigos involucrados en el acto, Bowen analiza cómo el miedo al pecado y la culpa ejerce un rol importante en el proceso de interiorización de las normas de comportamiento social (p. 54) y, por tanto, en el control de la vida cotidiana chilena de fines del periodo colonial (47). Las secciones finales del estudio de Bowen están dedicadas a los pecados de la carne y a los deseos ilícitos, como una forma de conocer y experimentar los cuerpos.

Por su parte, el manuscrito de José Ignacio está compuesto por dos conjuntos de anotaciones. El primero corresponde a un carné de notas pequeño, en el que, de una manera breve, se registran pecados cometidos en el pasado. Eyzaguirre hace un ejercicio de memoria al recordar los pecados no confesados que formarán parte de su confesión general. El segundo conjunto de anotaciones lo componen dos borradores de la «Confesión generalísima». Ambos borradores ofrecen versiones similares —abreviadas en algunos casos, más precisas en otros— de los pecados que José Ignacio juzgaba debía confesar. Los sucesos descritos datan de la infancia, adolescencia y juventud de Eyzaguirre, y este los escribe en un lapso de cinco años (entre sus 20 y 25 años de edad). Los actos y pensamientos impuros, junto con los pecados de ira, constituyen la mayor parte de los pecados confesados.

José Ignacio toma registro de sus pensamientos y deseos ilícitos, así como de una serie de prácticas que desde las miradas y las palabras, pasan a la acción individual o colectiva. El estudio de Bowen nos recuerda que la sexualidad es un acto que trasciende lo individual, en el que otras personas pueden ser testigos involuntarios de los actos cometidos y por tanto se convierten en sujetos de «escándalo», en el sentido de contagiarse con el mal ejemplo de estos pecados. En todos estos actos de experimentación individual y colectiva se van formando una sexualidad y una masculinidad propias de una clase social acomodada y educada, en donde la sexualidad masculina se centra en el miembro viril, y la masculinidad, en el dominio sobre el propio cuerpo, el de otros hombres y el de las mujeres. José Ignacio tiene acceso a los cuerpos masculinos

de sus compañeros de clase, pero también al de su hermano menor y al de los esclavos y criados de la casa. Asimismo, los cuerpos de las niñas esclavas y criadas, y los de sus primas (tanto jóvenes como niñas), son parte de los juegos sexuales de Eyzaguirre. Y en teoría, podrían haber estado a su alcance los cuerpos de otras mujeres de la casa, como amas de leche o criadas adultas.

Pero no solo se trata de un control del cuerpo a nivel sexual. Se vislumbran en este manuscrito algunos de los niveles de violencia doméstica en las élites de las sociedades de la América hispana entre fines del siglo XVIII e inicios del XIX (p. 54). Hablamos del ejercicio de la violencia como parte de las prerrogativas, en buena parte masculinas, de los señores de la casa —aun siendo estos niños— contra esclavos y criados. A una temprana edad, José Ignacio disciplina y tiene deseos de disciplinar el cuerpo de sus esclavos y esclavas por medio del azote y del castigo físico. Por otro lado, Eyzaguirre se queja de haber sentido ira al recibir dos azotes de su padre. Hay en ello una lección de vida, en la que su propia masculinidad, al igual que la masculinidad de las clases acomodadas, se forma en relación con el poder para controlar y disciplinar los cuerpos de los hombres y mujeres de su entorno.

De forma adicional, la confesión de José Ignacio nos cuestiona acerca de los vínculos entre una masculinidad de clase y la formación de una élite que dos décadas después tomará las riendas de la naciente república chilena. Del mismo modo que Robert McKee ha demostrado para el siglo XIX mexicano, la confesión de Eyzaguirre nos habla de una exaltación de la camaradería masculina —incluso con elementos homoeróticos— que creemos pueda haber tenido un impacto importante en la formación posterior de alegorías nacionales y en la autorrepresentación de la nación chilena como hipermasculina. La compleja relación entre masculinidad y nacionalismo ha sido estudiada para otros contextos, y se ha resaltado la existencia de un doble proceso según el cual el nacionalismo actúa como *educador de masculinidad* (George L. Mosse), mientras que la *masculinidad hegemónica* (Raewyn Connell) lo hace como un medio de autorrepresentación nacional. Para el periodo republicano temprano, tanto en el caso de Chile como en el del Perú, este análisis está aún

por hacerse. En ese sentido, considero que la publicación del estudio de Martín Bowen y de la confesión general de José Ignacio Eyzaguirre constituye un gran aporte para la investigación histórica de la sexualidad y de las masculinidades en la Hispanoamérica colonial.

MAGALLY ALEGRE HENDERSON

Pontificia Universidad Católica del Perú

CURATOLA PETROCCHI, Marco y José Carlos DE LA PUENTE LUNA (eds.). *El quipu colonial. Estudios y materiales.* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013, 443 pp.

En la actualidad, vivimos rodeados por muchos aparatos creados con el solo propósito de digitalizar y retener todo lo que nosotros, naturalmente, no podemos. A menudo nos cuesta creer que, siglos atrás, existieron complejos sistemas de registro que cumplían su función de manera tan exacta como el quipu. Nos sorprende que una cuerda anudada, algo muy sencillo y rudimentario a primera vista, pueda contener una enorme cantidad de datos imprescindibles, tanto numéricos como descriptivos. Este libro colectivo, editado por Marco Curatola Petrocchi y José Carlos de la Puente Luna, se centra en rebatir la teoría de que los quipus fueron un instrumento exclusivo del periodo incaico, explicando su evolución y preeminencia durante el virreinato como un sistema no verbal de registro y conteo administrativo y religioso que, además, facilitaba la recolección del tributo y la entrega de encomiendas.

El texto se divide, como el título sugiere, en dos partes. En la primera, los artículos seleccionados estudian las funciones del quipu durante la Colonia, resultado del llamado «choque histórico». La contabilidad y el acto de la confesión (como bien se estipula en el texto de John Charles) son viabilizados a partir de estas cuerdas, hechas de lana teñida o algodón y codificadas por medio de distintos colores, como el rojo, que representaba el pecado sexual, o el gris, que denotaba la mentira. Es asombroso